



Vigilancia
permanente

Edward
Snowden

Edward Snowden

Vigilancia permanente

Traducción de Esther Cruz Santaella

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Permanent Record*

Publicado originalmente en inglés por Metropolitan Books, sello de Henry Holt and Company

© Edward Snowden, 2019

© de la traducción, Esther Cruz Santaella, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

Depósito legal: B. 17.216-2019

ISBN: 978-84-08-21556-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

Prefacio	11
----------------	----

PRIMERA PARTE

1. Mirar por la ventana	25
2. El muro invisible	35
3. Un chaval de la Beltway	53
4. Yanqui <i>online</i>	61
5. Hackeo	76
6. No completado	89
7. 11-S	100
8. 12-S	111
9. Rayos X	119
10. Habilitado y enamorado	133

SEGUNDA PARTE

11. El sistema	149
12. <i>Homo contractus</i>	156
13. Adoc	170

14. El Conde del Monte	190
15. Ginebra	206
16. Tokio	224
17. Un hogar en la nube	255
18. En el sofá	275

TERCERA PARTE

19. El Túnel	287
20. Latido	294
21. Soplos	304
22. El cuarto poder	324
23. Leer, escribir, ejecutar	342
24. Encriptado	354
25. El niño	365
26. Hong Kong	380
27. Moscú	395
28. De los diarios de Lindsay Mills	411
29. Amor y exilio	427
Agradecimientos	443

MIRAR POR LA VENTANA

Lo primero que hackeé en mi vida fue la hora de acostarme.

Me parecía injusto que mis padres me obligasen a irme a la cama, y encima antes que ellos, antes que mi hermana, y cuando ni siquiera estaba cansado. Fue la primera pequeña injusticia que viví.

Muchas de las aproximadamente dos mil noches del principio de mi vida acabaron en desobediencia civil: llantos, ruegos, regateos... Hasta que la noche número 2.193, la noche en la que cumplía seis años, descubrí la acción directa. A las autoridades no les interesaban los llamamientos reformistas y yo no había nacido ayer. Acababa de pasar uno de los mejores días de mi joven vida, con amigos, una fiesta e incluso regalos, y no iba a dejar que terminase sin más solo porque el resto de la gente tuviera que volver a casa. Así que, a escondidas, me puse a atrasar todos los relojes de la casa unas cuantas horas; el reloj del microondas me costó menos que el del horno, aunque solo fuese porque llegaba mejor a él.

Al no darse cuenta ninguna de las autoridades —en su ilimitada ignorancia—, me sentí henchido de poder y me puse a dar carreras por el salón. A mí, el maestro del tiempo, nadie volvería a mandarme a la cama. Era libre. Y así fue

como caí dormido al suelo, después de haber visto por fin el anochecer del 21 de junio, el solsticio de verano, el día más largo del año. Cuando me desperté, los relojes de la casa marcaban de nuevo la misma hora que el reloj de mi padre.

Si alguien se molestase hoy en poner un reloj en hora, ¿cómo sabría qué usar de referencia? Quien sea como la mayoría de la gente de hoy día tomará de referencia la hora de su *smartphone*. Sin embargo, si miramos nuestro móvil, y me refiero a mirarlo bien, a escarbar por todos los menús hasta llegar a los ajustes, terminaremos viendo que la hora del teléfono está configurada en «ajuste automático». A cada tanto, nuestros móviles, sin avisar —en silencio absoluto—, le preguntan a la red de nuestro proveedor de servicios: «Perdona, ¿tienes hora?». Esa red, a su vez, se lo pregunta a una red mayor, que le pregunta a otra aún mayor y así sucesivamente, pasando por una larguísima serie de torres y cables, hasta que la consulta llega a uno de los auténticos maestros del tiempo: un servidor de tiempo de red ejecutado o referenciado según los relojes atómicos que se mantienen en sitios como el National Institute of Standards and Technology de Estados Unidos, el Bundesamt für Meteorologie und Klimatologie de Suiza o el National Institute of Information and Communications Technology de Japón. Ese largo viaje invisible, que se completa en una fracción de segundo, es el motivo de que no veamos un 12.00 parpadeando en la pantalla del móvil cuando lo encendemos después de que se haya quedado sin batería.

Yo nací en 1983, cuando se acabó el mundo en el que la gente ponía la hora por sí sola. Ese año, el Ministerio de

Defensa de Estados Unidos partió por la mitad su sistema interno de ordenadores interconectados; de ahí surgió una red llamada MILNET, que era la que iba a usar el personal de defensa, y otra red para el gran público, a la que llamaron internet. Antes de que acabase el año, existían normas nuevas que definían los límites de dicho espacio virtual; eso dio lugar al DNS (Domain Name System o sistema de nombres de dominio) que seguimos utilizando todavía hoy (los .gov, .mil, .edu y, por supuesto, .com) y a los códigos de países asignados al resto del mundo: .uk, .de, .fr, .cn, .ru, etcétera. Mi país (y yo con él) ya había cogido la delantera, contaba con ventaja. Y aun así, tendrían que pasar otros seis años hasta que se inventara la World Wide Web, y unos nueve años hasta que mi familia tuviese un ordenador con un módem para conectarse a ella.

Por supuesto, internet no es una sola entidad, aunque a menudo nos refiramos a él como si lo fuera. La realidad técnica es que todos los días nacen redes nuevas en el cúmulo global de redes de comunicaciones interconectadas que solemos usar (unos tres mil millones de personas, o más o menos el 42 por ciento de la población mundial). Pese a ello, voy a utilizar el término en su sentido más amplio para referirme a la red de redes universal que conecta la mayoría de los ordenadores del mundo entre sí mediante una serie de los protocolos compartidos.

Si a alguien le preocupa no saber distinguir un protocolo de un boquete en la pared, no pasa nada, porque todos hemos utilizado muchos. Los protocolos son como los idiomas de las máquinas: las normas comunes que siguen para entenderse entre ellas. Quien sea más o menos de mi edad quizá recuerde haber tenido que escribir «http» al principio de la dirección de un sitio web en la barra de direccio-

nes del navegador. Ese código son las siglas en inglés del protocolo de transferencia de hipertexto, el lenguaje que utilizamos para acceder a la World Wide Web, es decir, la gigantesca colección de sitios, en su mayoría basados en texto, pero que también admiten audio y vídeo, como Google, YouTube o Facebook. Cuando consultamos el correo electrónico, usamos lenguajes como el IMAP (Internet Message Access Protocol o protocolo de acceso a mensajes de internet), el SMTP (Simple Mail Transfer Protocol o protocolo simple de transferencia de correo) o el POP3 (Post Office Protocol o protocolo de oficina de correos). Con respecto al procedimiento para fijar la hora en el móvil que he mencionado antes, estas actualizaciones se obtienen mediante el NTP (Network Time Protocol o protocolo de tiempo de redes).

Todos estos protocolos se conocen como protocolos de aplicación y forman solo una familia de protocolos del sinfín que existe *online*. Por ejemplo, para que los datos de cualquiera de esos protocolos de aplicación crucen internet y lleguen a nuestro ordenador de mesa, portátil o móvil, primero tienen que empaquetarse en un protocolo de transporte dedicado (como cuando el lentísimo servicio postal convencional prefiere que enviemos las cartas y paquetes en los sobres y cajas de tamaño estándar que tienen ellos). El TCP (Transmission Control Protocol o protocolo de control de transmisión) se utiliza para redirigir páginas web y correos electrónicos, entre otras aplicaciones. El UDP (User Datagram Protocol o protocolo de datagramas de usuario) se usa más para redirigir aplicaciones que funcionan en tiempo real y dependen de limitaciones temporales, como la telefonía por internet o las emisiones en directo.

Cualquier relato sobre el funcionamiento multicapa de

lo que en mi infancia se llamaba «ciberespacio», la red, la Infobahn o la autopista de la información está destinado a quedar incompleto, pero la moraleja es la siguiente: esos protocolos nos han dado los medios para digitalizar y poner *online* absolutamente todo lo que existe en el mundo y que no nos comemos, nos bebemos, llevamos puesto o usamos de residencia. Internet se ha convertido en algo casi tan esencial para nuestras vidas como el aire por el que viajan tantas de sus comunicaciones. Además, tal y como se nos recuerda a todos (cuando la actividad de nuestras redes sociales nos avisa de una publicación que nos etiqueta en una situación comprometedor), digitalizar algo supone registrarlo, en un formato que va a durar para siempre.

Lo que me llama la atención cuando pienso en mi infancia, sobre todo en esos primeros nueve años sin internet, es lo siguiente: no recuerdo todo lo que ocurrió entonces, porque solo puedo basarme en mi memoria. Los datos simplemente no están. Cuando era niño, «la experiencia inolvidable» no era todavía una descripción tecnológica amenazadoramente literal, sino una apasionada fórmula metafórica con gran importancia: mis primeras palabras, mis primeros pasos, mi primer diente caído, mi primer paseo en bici...

Mi generación fue la última en la historia de Estados Unidos, y quizá del mundo, para la que eso fue una realidad: la última generación sin digitalizar, cuyas infancias no están subidas a la nube, sino en su mayoría atrapadas en formatos analógicos como diarios escritos a mano, Polaroids o cintas VHS, objetos tangibles e imperfectos que se degradan con el tiempo y pueden perderse sin remedio. Los deberes del colegio los hacía en papel, con lápices y gomas, no en tabletas conectadas en red que registraban mis pulsa-

ciones en el teclado. El seguimiento de mis estirones no se hacía con tecnologías de hogares inteligentes, sino que se marcaban con una navaja en la pared del marco de la puerta de la casa en la que me crie.

Vivíamos en una casa grande y antigua de ladrillo rojo, en un trocito de césped a la sombra de unos cornejos, salpicado en verano por flores de magnolias blancas que servían de cubierta a los soldaditos de plástico con los que solía arrastrarme por él. La casa tenía un diseño atípico: la entrada principal estaba en la primera planta, a la que se accedía por una enorme escalera de ladrillo. Esa planta era el espacio de residencia principal, con la cocina, el salón comedor y los dormitorios.

Sobre esa planta principal había un desván polvoriento, lleno de telarañas y olvidado, usado como trastero y rondado por lo que mi madre prometía que eran ardillas, aunque mi padre insistía en que eran hombres lobo vampiros que devorarían a cualquier niño lo bastante tonto para aventurarse a subir allí. Bajo la planta principal había un sótano más o menos acabado, algo raro en Carolina del Norte, sobre todo estando tan cerca de la costa como nuestra casa. Los sótanos suelen inundarse; el nuestro, desde luego, estaba siempre húmedo, pese al constante funcionamiento del deshumidificador y de la bomba de sumidero.

Cuando mi familia se mudó a esa casa, hicieron una ampliación en la parte de atrás de la planta principal, que dividieron para poner una habitación para la colada, un baño, mi dormitorio y una sala de estar con una televisión y un sofá. Desde mi dormitorio veía la sala de estar por una ventana abierta en lo que originalmente había sido el muro

exterior de la casa. Esa ventana, que en otros tiempos había dado hacia fuera, miraba entonces hacia dentro.

Casi todo el tiempo que mi familia pasó en esa casa de Elizabeth City, aquel dormitorio fue mío, y su ventana, también. La cortina que tapaba la ventana daba poca (o ninguna) privacidad. Desde que alcanzo a recordar, mi actividad favorita consistía en apartar la cortina y asomarme por la ventana para observar la sala de estar. Es decir: desde que alcanzo a recordar, mi actividad favorita consistía en espiar.

Espiaba a mi hermana mayor, Jessica, que tenía permitido quedarse despierta hasta más tarde que yo y ver los dibujos animados para los que yo era demasiado pequeño todavía. Espiaba a mi madre, Wendy, que se sentaba en el sofá a doblar la ropa limpia mientras veía el informativo de la noche. Aunque la persona a la que más espiaba era a mi padre, Lon (o Lonnie, según su apelativo sureño), que se apropiaba de aquella sala hasta las tantas de la madrugada.

Mi padre pertenecía a la Guardia Costera, aunque por entonces yo no tenía ni idea de lo que eso quería decir. Sabía que a veces vestía de uniforme y otras veces, no. Se iba de casa temprano y volvía tarde, cargado a menudo de aparatos nuevos: una calculadora científica TI-30 de Texas Instruments, un cronómetro Casio con cordón, un solo altavoz para un sistema estéreo doméstico... Algunos me los enseñaba y otros los escondía. Cuesta poco imaginar cuáles despertaban más interés en mí.

El aparato que más me interesó llegó una noche, justo después de irme a dormir. Estaba acostado, a punto de quedarme frito, cuando oí los pasos de mi padre por el pasillo. Me puse de pie en la cama, aparté la cortina y observé. Mi padre llevaba en las manos una caja misteriosa, similar en tamaño a una caja de zapatos, y de ella sacó un objeto de co-

lor beis que parecía un bloque de hormigón, con unos cables largos y negros como los tentáculos de un monstruo de las profundidades marinas salido de una de mis pesadillas.

De manera pausada y metódica (algo que en parte respondía a su forma disciplinada de hacerlo todo, digna de un ingeniero, y en parte, a un intento de no hacer ruido), mi padre desenredó los cables y extendió uno por la moqueta gruesa, desde la parte trasera de la caja hasta el culo de la televisión; a continuación, enchufó el otro cable a una toma de la pared situada detrás del sofá.

De repente, la televisión se encendió, y con ella se iluminó también la cara de mi padre. Normalmente, se pasaba las noches sentado en el sofá sin más, bebiendo un refresco tras otro y viendo en la tele a gente corretear por algún campo, pero aquello era distinto. Tardé solo un momento en llegar a la conclusión más alucinante de toda mi (hasta entonces corta) vida: mi padre estaba controlando lo que pasaba en la televisión. Guau.

Acababa de toparme de cara con un Commodore 64, es decir, uno de los primeros equipos informáticos domésticos que salió al mercado.

Por supuesto, yo no tenía ni idea de lo que era un equipo informático, así que mucho menos iba a saber si lo que mi padre estaba haciendo era jugar o trabajar. Aunque lo veía sonreír y parecía estar pasándoselo bien, también se concentraba en lo que ocurría en la pantalla con la misma intensidad con la que se concentraba en cualquier tarea mecánica que tuviese que hacer en casa. En mi cabeza, solo había una certeza: fuera lo que fuese lo que estaba haciendo mi padre, yo también quería hacerlo.

Después de eso, siempre que mi padre entraba en la sala de estar para usar el ladrillo beis, me ponía de pie en mi

cama, apartaba la cortina y espiaba sus aventuras. Una noche, en la pantalla apareció una bola que caía y una barra en la parte inferior; mi padre tenía que mover la barra en horizontal para darle a la bola, hacerla rebotar y derribar con ella un muro de ladrillos de colores (el Arkanoid). Otra noche, mi padre se sentó ante una pantalla con ladrillos de colores de diferentes formas; los ladrillos no dejaban de caer, y mientras tanto mi padre los movía y los giraba para ensamblarlos creando filas perfectas, que de inmediato desaparecían (el Tetris). Sin embargo, una noche, me quedé perplejo de verdad con lo que estaba haciendo mi padre (diversión o trabajo). Fue cuando me asomé por la ventana y lo vi volar.

Mi padre —que siempre me había deleitado señalándome los helicópteros reales de la base aérea de la Guardia Costera cuando volaban junto a nuestra casa— estaba pilotando su propio helicóptero justo allí, delante de mí, en nuestra sala de estar. Despegó de una base pequeña, con una banderita de Estados Unidos ondeando al viento incluida, para subir a un oscuro cielo nocturno lleno de estrellas titilantes, y entonces, de inmediato, se estrelló contra el suelo. Soltó un grito que ahogó el mío, y cuando creí que la diversión se había terminado, mi padre estaba de vuelta otra vez en la base de la banderita para despegar de nuevo.

El juego se llamaba Choplifter!, y ese signo de exclamación no formaba parte solo del nombre, sino también de la propia experiencia de jugar a él. El Choplifter! era una cosa emocionante. Veía una y otra vez cómo despegaban aquellos aparatos de nuestra sala de estar camino de sus misiones, sobre un paisaje lunar desértico y llano, disparando contra reactores y tanques enemigos, y recibiendo disparos de ellos. El helicóptero aterrizaba y despegaba constante-

mente, mientras mi padre trataba de rescatar a una multitud de gente parpadeante para ponerla a salvo. Esa fue la más temprana sensación que me llevé de mi padre: que era un héroe.

La alegría que salió del sofá la primera vez que el diminuto helicóptero tocó tierra intacto con un cargamento de personas en miniatura fue un poco más ruidosa de la cuenta. La cabeza de mi padre apareció de repente al otro lado de la ventana para comprobar si me había despertado, y me pilló mirándolo descaradamente.

Me metí de un salto en la cama, me tapé con la manta y me quedé quietísimo mientras los pasos pesados de mi padre se acercaban a mi habitación.

Golpeó la ventana con los nudillos: «Hace rato que tenías que estar dormido, enano. ¿Sigues despierto?».

Contuve el aliento.

De repente, abrió la ventana, alargó los brazos hacia mi dormitorio, me cogió (con la manta y todo) y me llevó a la sala de estar. Ocurrió tan rápido que ni siquiera toqué la moqueta con los pies.

Antes de darme cuenta, estaba sentado en el regazo de mi padre haciéndole de copiloto. Era demasiado pequeño y estaba demasiado emocionado para darme cuenta de que el *joystick* que me había dado no estaba conectado. Solo me importaba que iba volando al lado de mi padre.